

un tercero, que es el cuadro de la población total de la provincia, que indica, además, cuáles eran los pueblos, curatos, vicarías, haciendas, ranchos y estancias que había en cada partido. Como casi todos los datos coloniales sobre población, no se indica si el término "solteros" cuenta sólo a los menores.

Al final, se presentan las muy oportunas notas de actualización de Xavier Tavera. En ellas, además de extenderse en la historia que ofrece Lejarza, presenta datos censales posteriores corridos hasta 1960. También ofrece una breve historia de las divisiones territoriales del estado de Michoacán. Sus notas a la serie cronológica de los jefes políticos o gobernadores de la provincia, además de proporcionarnos valiosos datos de algunos de los mencionados en la lista, completan la serie hasta 1974. Las notas por partido indican los municipios actuales que estarían dentro de la jurisdicción colonial, describiéndolos y presentando sus datos de población de 1940 a 1970, así como el número de defunciones y nacimientos registrados en cada municipio en los últimos años. Si bien este dato es de poca utilidad ya que el lapso que hay entre los datos del *Análisis* y los que presenta Tavera es muy grande, sí ilustra el crecimiento de la población.

Las obras que reseñamos son poco comparables por su origen y destino. Lo que le falta al *Análisis* respecto a la producción, se compensa con la precisión de los datos demográficos y de la geografía del lugar. Valga lo uno por lo otro.

Ulises BELTRÁN  
*El Colegio de México*

Francisco JIMÉNEZ: *Los Episodios nacionales de Victoriano Salado Álvarez*, traducción de N. Pizarro Suárez, prólogo de Andrés Iduarte, México, Editorial Diana, 1974.

En los actos por el centenario del natalicio de Victoriano Salado Álvarez, en 1967, José Luis Martínez señaló el mérito de los *Episodios nacionales* y la necesidad de realizar un "estudio detenido" sobre ellos. El libro —en inglés el original— de Francisco Jiménez viene a llenar ese vacío en la bibliografía mexicana. Se trata de un equilibrado análisis de aquella figura y obra tan representativas del positivismo en México, en el que se distingue el

acertado manejo de las fuentes primarias y secundarias así como la reveladora y penetrante interpretación de los textos.

El primer capítulo, "La génesis de los *Episodios*", presenta a Salado Álvarez como producto y síntesis del nacionalismo literario, cuyas raíces se encuentran en Altamirano, y del pensamiento del porfiriato, la filosofía de Gabino Barreda y del Liceo Científico y Literario que frecuentaba el ilustre jalisciense en sus años de formación. En estas páginas se aúnan la anécdota biográfica y las memorias del propio Salado para presentarlo, primero, como el discípulo de educadores liberales en plena reforma; luego, como el joven que se inicia en la judicatura y el periodismo, identificándose en ambas profesiones con los ideales de paz y progreso que exaltaba la burguesía mexicana; y, por último, como el investigador que, entrenado en viejos archivos provinciales, encuentra en la novela histórica una forma que responde "a los hondos misterios de raza, educación, hábitos... del país" y en la que puede "popularizar" y "hacer simpáticas" lecciones de abnegación y patriotismo para su pueblo.

Notable es en este capítulo inicial la objetividad del autor ante esa figura que una crítica apasionada podría descartar reduciéndola a símbolo de intereses de clase o representante de una visión trunca y extraña a la realidad de México. El propósito no fue escamotear o disculpar el que Salado escribiera una apología de don Porfirio, ni que aceptara en pago una sinecura y le dedicara la primera serie de sus *Episodios*; el objeto de Jiménez es, al contrario, presentar estos hechos en su correcta perspectiva, con sus razones y circunstancias. Salado Álvarez, quien creía en la evolución preconizada por el positivismo, y que por tanto se habría de oponer a la revolución de 1910, no se prostituyó al elogiar a Díaz: vio en éste, como tantos otros de sus contemporáneos, el guía que llevó a su pueblo de la anarquía a cierto tipo de paz y de prosperidad. En los *Episodios*, Salado quiso exaltar, como explica Jiménez, el régimen de Díaz examinando el proceso histórico, desde Santa Anna hasta el imperio, por el que llegó a la etapa del porfirismo una "nación enferma", sacudida durante toda su vida independiente por los "impulsos del organismo" que quería "arrojar lo que le hacía daño".

Nada mejor que este lenguaje "científico" para identificar la sociología de Salado Álvarez, cuyos *Episodios* se analizan en el siguiente capítulo en función del concepto positivista de la evo-

lución histórica: las “grandes e inmutables leyes”, vigentes en el desenvolvimiento de toda nación, que llevaron a Salado a encontrar en la colonia, la reforma y el porfiriato los tres estados comitantes de la civilización: el teológico, el metafísico y el científico; es decir, el militar, el jurídico y el industrial. Explica Jiménez que este esquema es la clave de la incorporación a los *Episodios* de figuras de la historia mexicana: Santa Anna y su ejército “opresor del pueblo” son los símbolos del militarismo en la etapa primitiva; Ignacio Ramírez es el “hombre metafísico” frente al “hombre positivo”, Melchor Ocampo. Y por la influencia de Taine que halla Jiménez en las dimensiones colectivistas de la narrativa, se comprende mejor el retrato de héroes como Juárez, “cuya personalidad tiende a oscurecerse en las páginas de Salado por el espectáculo de una nación que luchaba por su existencia”. El cuidadoso cotejo que se hace de los *Episodios Nacionales* con los más variados textos de historia, diarios y libros de memorias, y el estudio del contenido autobiográfico de aquéllos, explican el admirable sabor de autenticidad que conservan ambas series, *De Santa Anna a la reforma* (1902) y *La intervención y el imperio* (1903-1906).

Los dos capítulos finales del libro constituyen su mayor aporte al conocimiento del positivismo en la literatura mexicana. Se nos ha enseñado a ver aquella corriente de pensamiento en función casi exclusiva de los efectos sofocantes de las doctrinas conformistas y del determinismo que predominaban cuando la política mexicana intentó apoyarse en Spencer, Mili y Darwin. Y, en efecto, encontramos en los *Episodios* el énfasis de Salado, que defendió “la tiranía honrada” en el orden y el progreso y, a través de las tragedias personales de los personajes, su repudio de la revolución. Pero es más importante otro aspecto de la obra que destaca la perceptiva lectura de Jiménez. “Los *Episodios Nacionales* como educación positivista” y “Los *Episodios Nacionales* como obra de ficción” revelan la necesidad de reexaminar la tesis del rechazo temprano en México de la “religión de la humanidad” de Comte y de su distinguido discípulo Gabino Barreda. Aquí se demuestra cómo Salado Álvarez, adicto a aquellos dos guías, expone sus ideas en los personajes cuyos actos y palabras afirman el culto sociocrático, los instintos de sociabilidad, y el amor como fuerza cósmica primaria. La fe de Salado “en la bondad innata del hombre”, aclara Jiménez, “explica el espíritu de tolerancia y de benignidad que satura toda su obra”. No se ve el triunfo del más fuerte en la lucha cruel

por sobrevivir, sino la victoria de la virtud y del patriotismo con el advenimiento del estado positivista a través de los múltiples simbolismos que estructuran los *Episodios*.

L. B. KLEIN  
*Columbia University*

MAX L. MOORHEAD: *The presidio — Bastion of the Spanish borderlands*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975, 282 pp., mapas.

El profesor Moorhead dedica su más reciente publicación a una institución de frontera. Ciertamente el tema es de interés, pues el presidio fue una institución importante durante la época colonial en las "tierras de guerra viva", esto es, en las Provincias Internas del virreinato de Nueva España. Específicamente de esa región, porque, por vía de aclaración, podría decirse que en regiones de indios sedentarios y generalmente sumisos difícilmente se encontraría un presidio. No se trata tampoco, en este estudio, de los bastiones del sistema atlántico de defensas, de las grandes fortalezas españolas que se construyeron por distinguidísimos ingenieros militares y a gran costo desde San Agustín en la Florida hasta Montevideo en el Uruguay; se trata aquí de otra especie de defensas, bien singulares, de defensas de "tierra adentro", de marcas españolas en las vastas tierras septentrionales del imperio español americano.

En la introducción el autor explica que el tema de estudio no fue fácil de concretar y la estructura del trabajo difícil de definir. Efectivamente, hay razones para comprender sus dificultades, pues faltando la historia particular del Septentrión, elaborada con independencia de la general del reino de Nueva España, es mucho lo que hay que reconstruir para llegar hasta el presidio. Las consideraciones que el autor hace en estas páginas introductorias y la lectura del texto invitan a la ponderación de los problemas específicos que él confrontó y que en el estudio de esta institución de frontera se traducen en brincos sorpresivos, que llaman la atención.

Quizá añadiendo a las que proporciona el autor una más precisa y concisa explicación de los motivos que llevaron a los españoles a echar mano de esta institución, cuando llegaron a Nueva